

PROYECCIONES

La adolescente pordiosera iba sin rumbo de un lado a otro de la gran ciudad, mendigando caricias de identidad. Era una mañana fresca de primavera. La Luz , tan brillante y cegadora como triste, hacía de la ciudad un paisaje urbano que pintaría el mismísimo Sorolla y se introducía en el corazón de la joven bañándolo de una inmensa melancolía . La quinceañera ascendía por las calles de forma frenética y alocada. De vez en cuando , rompía el paso rápido en carreras fugaces que la desahogaban de la pesadez de una reprimida energía.

En su camino sin rumbo tropezó con unos títeres que , bajo un soportal, hacían juegos malabares. La adolescente paró, ausente, ante el espectáculo. Uno de los títeres al verla le lanzó un malabar. El pequeño artefacto dio en la nariz de la ensimismada joven y empezó a brotar un débil hilo de sangre que enrojeció todas sus fosas nasales, haciéndola parecer un payaso. La joven penetró con su mirada al malabarista. En las dos vivaces esferas del payaso se dibujaron dos pistas contiguas de circo ambulante, como dos vasos comunicantes. En la pista central una joven salía tropezando al ritmo de la desafinada orquesta. La asexuada mujer llevaba unos enormes pantalones vaqueros. Sus grandes playeros eran de un color

rojo intenso. La nariz, enrojecida por el frío de la mañana, simpatizaba con los playeros. Una camiseta de rayas blancas y rojas , que recordaba a una tumbona de playa, completaba el excéntrico y descuidado atuendo de la joven. Con gran desequilibrio llegó hasta el centro de la pista. Sin haber abierto la boca, ni siquiera casi sin haber hecho un mínimo gesto, veía cómo todo el mundo se reía de ella con sarcásticas carcajadas, que como puñales se clavaban en su corazón. Cabizbaja y avergonzada, observaba a su alrededor a todos esos hombres y mujeres que reían de forma loca, tapados de pies a cabeza con un gris uniforme. Sus caras eran de la cera de los maniqués.

El payaso salió de su sueño para prestarle un pañuelo de rombos multicolores. Ésta cogió el pañuelo de forma azorada y prosiguió su caminar.

En el ascenso por las calles de la gran ciudad, muchos eran los semáforos que tenía que sortear. En uno de ellos observó, junto a la farola luminosa, a un hombre de mirada lasciva. Cuando se cruzó con él, el hombre la hirió con su mirada. La niña penetró con sus ojos al hombre. En su mente se esbozó el interior rojo y aterciopelado de una esférica sala de burdel. El humo y los vapores del alcohol tamizaban los vestidos coloristas de las exuberantes prostitutas. Los hombres, centros de las

promiscuas flores, se distribuían en ramilletes por la periferia del local circular. El ambiente era de una ficticia y grosera alegría. Justo en el epicentro del burdel se erigía, como unas estatua muerta, una joven virgen. Su cuerpo desnudo y blanco como el frío mármol estaba contenido en una urna del más diáfano y transparente cristal. La mórbida virgen correspondía a la mirada de los hombres, llorando lágrimas de sangre. Los hombres la acechaban con sus viciosas miradas, mientras manoseaban a las fulanas. La virgen emitía destellos de una luz azul como la de un cielo soñado.

La joven continuó en su caminar hasta llegar a una gran biblioteca. En su interior seleccionó obras maestras que presentía que no la podrían defraudar. Al pasar por el trámite de salida se topó con un viejo bibliotecario. El hombre observó de forma poco usual y con cierta curiosidad los libros que había elegido. La miró y ésta se adentró en sus pensamientos, que quizás sólo llegaban a ser los suyos. Entonces se observó en una gran sala circular sobre un río de sangre que corría a borbotones. La sala estaba llena de obras de arte suspendidas en el espacio: letras, colores, imágenes, melodías configuraban una miscelánea rabiosamente bella. La melancólica joven no soportaba contemplar tanta hermosura. Ésta la hería con el

puñal de la desesperación de lo efímero. Las hojas de los libros abiertos iban pasando por el poder de una manos mágicas e invisibles. Las imágenes desaparecían una tras otra. Los colores jugaban fuera de la paleta del artista, escabulléndose para dar vida a la muerte. Las sublimes melodías teñían la atmósfera de una magia tan pasajera como bella. En el centro de la sala ella cincelaba con sus sufrimientos una Venus de Milo.

El bibliotecario le devolvió el carnet y ella se alejó de la biblioteca descendiendo por las calles. La noche se apoderaba de las grandes avenidas. El ocaso llegó y una tenue y melancólica luz bañó su cabeza otra noche más bautizándola con la muerte.